

D. H. LAWRENCE

por Derek Traversi

De todos los escritores ingleses de su generación, D. H. Lawrence ha sido quizás el más apasionadamente discutido y a la vez el más profundamente incomprendido. En su caso la incomprensión ha tomado la doble forma de una alabanza excesiva y de una excesiva condenación, debidas ambas a que se ha tendido demasiado a considerarle como un escritor con una doctrina fija y definida que hay que aceptar o rechazar plenamente. De hecho lo que Lawrence nos ofrece es mucho menos una doctrina establecida que una experiencia vital. Las diversas etapas de ésta se reflejan en sus escritos. «Soy un hombre profundamente religioso», escribió lleno de sinceridad en una de sus cartas, y es indiscutible que en el fondo de toda su obra existe una preocupación moral y religiosa, aunque para él, lo mismo que para toda su generación, las creencias religiosas ya no eran algo dado, heredado como parte de una tradición establecida, sino que necesitaban ser rehechas mediante un esfuerzo personal continuo. Igual que Blake, que vivió un siglo antes, y con el que tenía ciertos puntos de contacto, podríamos describir a Lawrence como un profeta moderno que iba forjando su mensaje con esfuerzo ante la variada complejidad de la experiencia dada. Al final de su carrera como escritor surge un tipo de doctrina; pero para comprenderla necesitamos buscar sus orígenes en las condiciones de su propia vida.

D. H. Lawrence fué uno de los pocos escritores ingleses de importancia que surgieron de las clases trabajadoras. Nacido en 1885 en un pueblo minero del condado de Derbyshire, conocemos las condiciones de su juventud por su novela autobiográfica de 1912 *Sons and Lovers* (*Hijos y Amantes*). Vemos a Lawrence en los primeros capítulos de este libro como un niño de imaginación intensa, en cuya mente juvenil, desde muy temprano, quedó impreso el contraste entre el nuevo mundo industrial de la comuni-

dad minera y la vida todavía hermosa del campo que le rodeaba con su variedad de colorido, que él pudo captar desde el primer momento con una capacidad asombrosa. Aún más importante que la influencia de este ambiente, tal y como se describe en la novela, fueron las condiciones de su vida familiar. El padre de Lawrence era un minero de carácter amable, un hombre de mentalidad obrera y sin ninguna ambición por cambiar su forma de vida; un sentimental, y en algunos aspectos un carácter débil aunque atractivo, sus puntos de vista se habían formado de las opiniones mantenidas en la capilla non-conformista donde él había cantado como tenor. La obra de Lawrence nos muestra que respetaba mucho lo que podríamos llamar el lado humano del mundo minero, que él describe en ocasiones con simpatía y gran percepción; pero es igualmente cierto que de su madre, a la que estaba más profundamente unido aún de niño, heredó la tendencia a reaccionar contra la mina y todo lo que ésta representaba. Mrs. Lawrence era superior a su esposo, tanto en educación como en pretensiones sociales; durante su juventud, siendo maestra, había tenido un primer amor desafortunado, y no hay duda de que su matrimonio con Alfred Lawrence había sido una elección secundaria y en algunos aspectos inferior. Mrs. Lawrence desde el principio demostró un cariño hacia su hijo terriblemente posesivo —quizás porque de una manera subconsciente ella esperaba mediante su carrera brillante compensar su sensación de desengaño social— y se propuso deliberadamente darle una buena educación; como resultado de esta educación él había de llegar, según sus intenciones, a una posición social más alta y, sobre todo, no tendría que ser minero. Lawrence debió a su madre más que a nadie sus tendencias literarias, su amor a la naturaleza, su idealismo y aquel casi puritano sentimiento de la moralidad que es, a pesar de su reputación corriente, una de sus características más marcadas; a la falta de armonía entre sus padres y al sentimiento escondido de desilusión de su madre, él debió probablemente una cierta falta de capacidad de congeniar con la sociedad que se hizo siempre más grande en sus escritos.

Las tendencias implantadas así en Lawrence desde el primer momento se pueden seguir a través de su educación y de su juventud. Siguiendo los propósitos de su madre, a la edad de trece años ganó una beca en la escuela secundaria de Nottingham, donde estuvo hasta los diez y seis, trabajando después

durante un cierto tiempo en un almacén de instrumentos quirúrgicos. Su descripción de este período de su vida en *Hijos y Amantes* muestra una combinación de rara comprensión humana con una tendencia a rebelarse contra los estrechos límites espirituales del mundo en que parecía destinado por su clase y por sus circunstancias a pasar su vida. Pronto volvió, después de su primer empleo, al camino que su madre había trazado para él, y a la temprana edad de diez y ocho años se convirtió en maestro de escuela. En esta etapa los elementos contradictorios de su naturaleza se hicieron sentir aún más fuertemente que antes. Las experiencias de Lawrence como maestro están fielmente reflejadas en las de Ursula Brangwen, descritas en uno de los capítulos más personales de su novela de 1915, *The Rainbow* (*El Arco Iris*). Nadie puede dudar, después de leer esta descripción, que Lawrence no estaba destinado a ser un maestro. Fué su experiencia en la clase que hizo nacer en él por primera vez la impresión, que es más tarde de importancia fundamental para su obra, que las formas de la sociedad moderna se mantenían unidas por lazos de disciplina y voluntad artificialmente impuestas, y que el contacto vivo entre persona y persona —en este caso entre maestro y discípulo— no existía. Lawrence, impulsado a ser maestro por la voluntad fuerte de su madre, desde el primer momento se encontró incapacitado a entregarse a un trabajo por el que no sentía ninguna atracción. De la descripción de las reacciones de Ursula Brangwen ante sus clases, en *El Arco Iris*, podemos llegar a dos conclusiones que iban a afectar profundamente la totalidad del pensamiento posterior de Lawrence. En primer lugar, Ursula está impresionada hasta la obsesión por la parte pasiva representada por los niños en el proceso de la educación. «Ella vió a todos los maestros afanándose de mala gana a la tarea enojosa de obligar a muchos niños a formar un conjunto disciplinado y mecánico, reduciéndolos a un estado automático de obediencia y atención y obligándoles a aceptar distintos conocimientos.» Esta impresión está relacionada íntima y lógicamente con otra. Si los niños no participan activamente en la vida de la clase, si su presencia allí se halla asociada invariablemente con una especie de resistencia pasiva a una autoridad extraña, se deduce que la educación está destinada a convertirse —desde el punto de vista del maestro— en una imposición, en la afirmación mediante sus actividades de un imperativo social

que no causa ninguna respuesta en aquellos a quienes se enseña. Como lo expresa Lawrence: «Los niños no aceptarán nunca naturalmente estar sentados en una clase sometidos al conocimiento. Tienen que ser obligados por una voluntad más fuerte y más sabia, contra la cual siempre intentarán rebelarse. De manera que el primer gran esfuerzo de cada maestro de una clase numerosa debe ser el de poner la voluntad de los niños de acuerdo con la suya propia. Y esto el maestro sólo puede lograrlo mediante la abnegación de su ser personal, y mediante la aplicación de un sistema de leyes con el propósito de lograr un cierto resultado calculable, la transmisión de ciertos conocimientos.» Las consecuencias así sacadas por Lawrence de su experiencia como educador tuvieron la mayor importancia en la formación de su actitud hacia la sociedad. Se puede afirmar razonablemente que muchas de las críticas posteriores de Lawrence a la vida moderna fueron poco más que prolongaciones a un campo más amplio de las conclusiones por él formuladas en la clase. Lo mismo que en la clase, de la cual en realidad parecía una extensión magnificada, el mundo a su alrededor fué concebido por Lawrence como una estructura social de la que había desaparecido toda vida espontánea, siendo una mera imposición de la voluntad inerte en la cual el ejercicio de la personalidad libre no existía y contra la cual el individuo que respetaba sus propios impulsos espirituales tenía inevitablemente que rebelarse. La rebelión misma, de hecho, era considerada por Lawrence como algo a que sólo se veía forzado, no algo por él deseado. Como la maestra que deseaba entrar en relaciones más vivientes con los niños que componían su clase, Lawrence creía que los lazos que unen al hombre con sus congéneres eran algo que no podía desatarse sin herir al individuo con consecuencias casi fatales. «El hombre —decía en una de sus cartas— no es libre, lo mismo que un árbol arraigado tampoco lo es», y fué precisamente el sentimiento de hallarse separado de sus raíces naturales en una sociedad orgánica lo que constituyó su problema y su tragedia. Fué durante su corta experiencia como maestro que el problema y la tragedia empezaron a tomar su forma.

Para completar nuestro cuadro del desarrollo juvenil de Lawrence tenemos que recordar que fué precisamente en esta época que su adolescencia romántica se hallaba encontrando expresión en la experiencia del amor. La historia de sus primeros

contactos con el sexo opuesto se halla reflejada íntimamente en su novela *Sons and Lovers* (*Hijos y Amantes*), en la descripción de las relaciones entre Paul, evidentemente modelado sobre el propio Lawrence, y la joven Miriam por un lado, y por otro la mujer casada Clara Dawes, que ciertamente representa a su futura esposa. En la historia del primer amor de Pablo por la evasiva, misteriosa y adolescente Miriam, emociones semiconscientes del tipo ya descrito por Lawrence en su primer libro de importancia *The White Peacock* (*El Pavo Real Blanco*) (1910), se ven en conflicto con el estricto puritanismo moral que había heredado de su madre para producir en su naturaleza, ya dividida, aún otra y más íntima corriente de división espiritual.

En esta etapa de su formación el arte de Lawrence, que refleja una personalidad todavía en proceso de formación, se halla caracterizado por una sensación de contradicciones adolescentes. Dos factores decisivos acaecidos en los años entre 1910 y 1914 fueron instrumentales en llevarle a la madurez. El primero fué la muerte de su madre, causada por el cáncer y descrita al final de *Sons and Lovers* en uno de los episodios más conmovedores de la literatura moderna. La sensación de desolación producida por esta muerte en un joven que había estado unido a su madre por lazos de extraordinaria intimidad llegó a producir lo que era casi una crisis religiosa; se nos da a conocer significativamente al final de *Sons and Lovers* por la descripción del sentimiento abrumador de soledad cósmica con el que nos despedimos de Paul bajo el cielo estrellado:

«Por todas partes el inmenso y oscuro silencio parecía empujarle, una chispa tan pequeña, a la extinción, y sin embargo, siendo casi nada, no podía extinguirse. La noche en la que todo estaba perdido se ensanchaba más allá de las estrellas y del sol. Estrellas y sol, unos pocos granos brillantes, giraban alrededor aterrorizados, y estrechándose en abrazos, allí en la obscuridad que los sobrepasaba a todos y los dejaba pequeños y aterrorizados. Tantas cosas y el mismo infinitesimal, en el corazón de la nada, y sin embargo, siendo algo.

«—¡Madre! —susurró— ¡Madre!

«Ella era la única cosa que le había sostenido entre todo esto. Y se había marchado...»

La muerte de su madre marcó, en un sentido muy real, el fin de la adolescencia de Lawrence. Rompió un lazo que hasta

entonces había dominado todas sus acciones y abrió el camino hacia experiencias más maduras. Es difícil no sentir al leer *Sons and Lovers* que el amor de Paul por Miriam en este libro se halla contrapesado, en cierto sentido, por el feroz sentimiento de posesión de su madre hacia él, que le impide llegar a un desarrollo pleno y normal. Pero ya en esa novela, al introducir la figura de Clara Dawes, se sugieren posibilidades de otro tipo que, una vez desaparecido, con la muerte de su madre, el obstáculo a su desarrollo, pidieron una realización total. Clara Dawes es, en pocas palabras, la propia Frieda von Richthofen, una joven de una familia alemana aristocrática que atrajo a Lawrence por su carácter vehemente y decidido y pronto se convirtió en su mujer. Las consecuencias de su matrimonio para la obra de Lawrence fueron, desde el principio, de importancia decisiva. De este amor, el primero y único de su madurez —porque hemos de recalcar que, a pesar de ciertas impresiones populares contrarias derivadas de una incomprensión de su carácter y doctrinas, Lawrence estuvo siempre convencido de la necesaria unicidad de este tipo de relaciones—, él extrajo lo que permaneció siempre en el centro inmutable de su doctrina. Esta podría describirse brevemente como el convencimiento de que, si la existencia de unas relaciones apropiadas entre los hombres es el único fundamento posible de una sociedad sana, las relaciones únicas entre un hombre y una mujer son, a su vez, el fundamento necesario para todas las demás relaciones humanas. Si estas relaciones se establecen sobre una base falsa —y era el convencimiento central de Lawrence que había sido dislocado por la presión de las condiciones modernas— la distorsión emocional resultante tenía, según él, que afectar a todas las demás relaciones humanas, y así, a lo largo, amenazar a la sociedad misma con el desastre. El tema constante e incambiable de toda la obra de Lawrence es la expresión de esta concepción fundamental en relación con el conjunto de las experiencias humanas.

En 1914 el comienzo de la guerra afectó aún más el desarrollo de las ideas de Lawrence al enfrentarle, ahora más abiertamente que nunca, con las realidades sociales que le rodeaban. Vino a reforzar las lecciones que había aprendido siendo maestro y a profundizar su preocupación social al mismo tiempo que, paradójicamente, aumentó hasta un grado casi intolerable el abismo existente entre él y la sociedad contemporánea. Los efectos de la guerra sobre Lawrence pueden describirse como una conmo-

ción, un *choque*, cuya naturaleza y profundidad se nos analizan con gran fuerza en un capítulo de la novela *Kangaroo*, de 1921, que lleva el título significativo de *La Pesadilla*. En el fondo de este episodio, uno de los más personales y vehementes que Lawrence escribiera, hallamos la rebelión de una personalidad profundamente sensible contra la movilización en masa de la humanidad, para una guerra en la cual el individuo tenía cada vez menos importancia. El profundo afecto que le causó, sintiéndose ya profundamente consciente de su debilidad física, el examen médico que lo declaró inútil para el servicio militar, pero que él consideró como una violación de su integridad personal intensamente guardada, se combinó con los inconvenientes irritantes que tuvo que sufrir a causa de la nacionalidad alemana de su esposa para producir una reacción cuya violencia se halla reflejada en frases como éstas: «Era el espíritu total de la guerra, el atroz espíritu de las masas, con el que él no podía pactar nunca.» Y de nuevo: «En 1915 terminó el mundo antiguo. Durante el invierno de 1915-1916 el espíritu del viejo Londres se desplomó, en cierta manera murió, dejó de ser el corazón del mundo y se convirtió en un vórtice de pasiones desenfrenadas, de codicias, esperanzas, temores, horrores. La integridad de Londres se derrumbó y comenzó el verdadero envilecimiento, la increíble baja de la prensa y de la opinión pública, el reinado de esta hinchada ignominia: *John Bull*.» Después de este proceso de desintegración comenzado en 1914 y que conocemos por el nombre de primera guerra mundial, a Lawrence ya no le abandonó el sentimiento de que algo discordaba entre el individuo que retenía, con su propia individualidad el sentido de su propia singularidad y una sociedad que aceptaba irreflexivamente la destrucción. El resto de su vida lo pasó en parte definiendo esta situación y en parte explorando los lejanos parajes de la tierra, Australia y Méjico entre otros, en busca de una sociedad a la vez más primitiva y más civilizada en la cual no existiese ese estado de cosas.

Kangaroo, publicada en 1921, es la primera, y bajo algunos aspectos, la más interesante de las novelas de Lawrence en que se intenta definir los resultados de esta búsqueda. Richard Lovat Somers, y su mujer Harriet, reflejan evidentemente al propio Lawrence y a su mujer Frieda. Se nos presentan en el momento de llegar a Australia, al nuevo continente, lo mismo que Lawrence había hecho, huyendo de Europa donde —según palabras

del mismo Somers— «todo ya había terminado». En Australia encuentran un mundo a la vez más viejo que el que han abandonado y casi increíblemente nuevo, apenas tocado todavía por la muerta tradición europea de la que Somers huía, pero conservando su propia tradición antigua de la vida primitiva, destruída en otros lugares por nuestra civilización mecanizada. Por una parte se nos dice que a Somers le atrae «la libertad, el aligeramiento de tensión» que aquí siente, el «extraño encanto solitario» y «virginal lejanía de Australia»; por otra parte, en esta tierra nueva trata de ponerse en contacto con alguna cosa que sea antigua, pero no vieja, primitiva sin ser bárbara, con un mundo en el que la razón y la emoción se unan sin esfuerzo en una personalidad armoniosa. Pero a pesar de ellos mismos —y esto constituye la tragedia implícita en todos los viajes de Lawrence en estos últimos años de su vida— Somers y Harriet llevan consigo, como la llevó el mismo Lawrence casi a pesar suyo, la conciencia de estos valores europeos que no les abandona. Como europeos se espantan de la «carencia de forma» de este mundo nuevo, de la fealdad de una vida social que tiene recuerdos de Europa pero que aún no ha adquirido su forma propia. Las manifestaciones accidentales de esta vida, la dejadez general, el crecimiento informe de los *bungalows*, las latas viejas tiradas en las orillas del Pacífico, producen en Somers un profundo deseo por esta misma Europa contra la que se ha rebelado, y una indeleble impresión de que no ha de encontrar allí tampoco la fuente de la nueva vida tan ardientemente deseada. «El deseaba a Europa con un deseo famélico.» «Una colonia no es más joven que la madre patria. Es quizás más vieja, ha dado un paso más hacia la decadencia.» Lawrence, huyendo de Europa impelido por una profunda inquietud espiritual, la llevaba consigo en lo más profundo de su ser consciente; éste es uno de los motivos más hondos de la tragedia de los últimos años de su vida.

Ante esta persistente fuente de lucha interna, *Kangaroo* describe la tentativa de Lawrence a través de su protagonista por encontrar una base objetiva para sus valores morales y religiosos. En el centro de las creencias que Somers llevó consigo a Australia está la propia convicción de Lawrence, confirmada por sus experiencias del tiempo de guerra, de la inalienable importancia de la personalidad individual, completada por el convencimiento ulterior de que la vida del individuo solamente pue-

de tener significado si es dirigida, fuera de sí misma, hacia una realidad exterior. Estos dos rasgos característicos pueden reunirse con la misma frase de Lawrence que define la esencia de la vida humana como si consistiese en las relaciones entre «un hombre solo con su propia alma y un dios oscuro por encima de él». Las palabras clave son aquí *solo* y *por encima*. *Solo*; el individuo no puede, mientras preserve su esencial humanidad, ser reducido a la esclavitud social de la democracia de las masas o a la servidumbre industrial; aquel que se somete a un yugo de este tipo pierde la condición de su naturaleza humana y se convierte en parte de una máquina. Pero más allá del individuo, esencialmente *por encima* de él, el hombre debe sentirse consciente de un Dios, pues si la personalidad se convierte en un fin en sí misma y se hace introspectiva, sin hacer un contacto con una realidad exterior aún no alcanzada, se estanca, cierra las puertas sobre el misterio de la vida y muere. Toda la tragedia de Lawrence podría definirse diciendo que consistió en que, sintiéndose él separado persistentemente de la realidad externa, tenía, sin embargo, el sentimiento agudo de que este aislamiento significaba inevitablemente la muerte espiritual.

Esta es la primera etapa de Lawrence en el análisis de la experiencia. Si hemos de vivir como individuos, nuestra individualidad necesita tomar su vida de una divinidad externa. Pero —y aquí llegamos a su segunda conclusión más controvertible— el Dios ha de ser necesariamente un Dios oscuro, es decir, un Dios no comprendido directamente por la facultad racional consciente. Porque la razón, dice Lawrence, refleja nada más que la parte consciente de nuestra personalidad, la cual en nuestro mundo moderno mecanizado ha ocupado el lugar de la parte inconsciente, espontánea, emocional, desarrollando una monstruosidad. Nuestro contacto con la divinidad ha de establecerse en todos los planos de nuestra personalidad, tanto en el emotivo e instintivo como en el racional y consciente; de otra manera nuestro *yo razonable* carecerá de un funcionamiento apropiado, estará en desequilibrio, y nuestras verdaderas emociones religiosas correrán el peligro de convertirse en un mal sueño intelectualizado. «También los sueños de la razón engendran monstruos». La célebre frase de Goya podría ser aplicada perfectamente al argumento de Lawrence. Fué para combatir a estos monstruos, y para tener una visión más completa de la personalidad, por lo que Somers, igualmente que Lawrence, se marchó a Australia.

Kangaroo es la historia del fracaso de Somers por encontrar allá lo que deseaba. Fracásó en primer lugar porque, como hemos visto, llevaba consigo a esta nueva tierra su sentido europeo, y no tenía una verdadera probabilidad de desprenderse de él. En segundo lugar fracasó porque en Australia encontró una sociedad dividida en dos bandos que le recordaban a los de Europa, y estaban destinados muy posiblemente a la destrucción. La novela culmina en las relaciones de Somers con dos hombres y dos movimientos políticos, ninguno de los cuales puede aceptar plenamente. Estos dos hombres son el abogado Ben Cooley, el *Kangaroo* del título, todo pensamiento, todo espíritu, todo predominio mental, todo fe en un concepto intelectualizado de la regeneración de la sociedad por el amor, y el líder revolucionario obrero, Willy Struthers, el instrumento del instinto destructivo de la masa, excitando a la destrucción de la civilización capitalista en nombre de los trabajadores. En el conflicto entre estos dos —un conflicto europeo proyectado con redoblada intensidad en el continente virgen—, Lawrence nos presenta el drama de la sociedad moderna, pero como a Somers, no le satisface ningún partido. *Kangaroo*, defendiendo lo que él cree que son valores espirituales, cae en la peligrosa necesidad de recurrir a la fuerza para defenderlos. Sus «*diggers*», fundados aparentemente para defender la espiritualidad, son de hecho una organización de soldados para suprimir brutalmente a los enemigos de sus ideas, son un partido político más; se encuentran también completamente penetrados por la mecanización espiritual de nuestros tiempos. El fracaso de *Kangaroo* se debe al hecho de que su defensa de la espiritualidad se convierte en la defensa de un *statu quo*, de algo que ya ha dejado de vivir. «El quería —observa Lawrence— salvarlo todo tal como lo tenemos, y esto no puede ser.»

La violencia revolucionaria de Struthers es la respuesta inevitable a la violencia conservadora de *Kangaroo*. Puramente negativa, conociendo solamente que el mundo viejo se había acabado irremediablemente, y careciendo a la vez de una concepción del nuevo mundo que él quería construir, Struthers se entregó a un instinto de destrucción tan nocivo como la violencia defensiva de los *diggers*. El choque entre ambas tendencias llega a un punto culminante en el mitin monstruo de Struthers, que es disuelto por los partidarios de *Kangaroo*. Este es herido en la lucha y muere. El y Struthers llaman a Somers, que no puede aceptar

la posición de ninguno de ellos y abandona Australia. La visión le ha fallado a Lawrence y seguirá fallándole en adelante.

Ahora nos hallamos en condiciones de resumir el pensamiento de Lawrence en sus últimos años. Los fundamentos de este pensamiento eran su creencia de que el estado de la sociedad era el reflejo del de cada uno de sus miembros, y su convicción de que si la sociedad misma había de salvarse tenía que ser a través de la regeneración de los individuos. En otras palabras, el punto de vista de Lawrence, aunque apartado de la concepción cristiana, era esencialmente moral y religioso. Su experiencia personal de las penalidades de la vida industrial (su padre había sido minero), combinada con su naturaleza intensamente imaginativa, produjeron en Lawrence una profunda aversión hacia la sociedad moderna. La personalidad tal y como él la veía estaba convertida en un accidente en un mundo donde los contactos entre los hombres se hallaban reducidos a algo impersonal. Para su pensamiento el triunfo de la máquina estaba asociado con el triunfo de la razón. Aquí necesitamos distinguir su doctrina esencial de las exageraciones ocasionales producidas en él por la desesperación. Lawrence en sus mejores momentos no era un mero anti-intelectual, un defensor de lo irracional. El argüía, más profundamente, que una personalidad sana tenía que estar basada en un equilibrio natural entre lo razonable y lo irracional, entre la razón y la emoción. Hay un momento muy importante en el cual el ejercicio de la razón está en su puesto; y hay otro, no menos importante, en el cual las emociones piden su parte. La tragedia de la vida moderna, según argumentaba Lawrence, consistía en el hecho de que se ha rebasado violentamente este equilibrio esencial para la salud del espíritu; a la concepción despersonalizada de las relaciones humanas, fomentada por el triunfo de la máquina en la vida moderna, corresponde nuestra concepción analítica y destructiva de la razón, que se impone sobre la sensibilidad viva, matándola. La concepción racionalista de la razón crítica, una simple sombra de la plena facultad humana, se ha impuesto a la vida entera del hombre moderno. Su reflejo social es la esclavitud industrial, la cual para Lawrence sólo se halla disimulada bajo el nombre de democracia, y su fin es inevitablemente la lucha —la lucha de clases causada por un choque mecánico de intereses, y la lucha entre naciones, en la que los motivos y sentimientos personales no cuentan para nada.

Espantado por su propia visión del mundo, Lawrence desde 1918 dedicó su vida a buscar un fundamento verdadero para sus intuiciones espirituales. Inevitablemente, tuvo que proceder mediante ensayos y errores. Al faltarle el fundamento de una fe aceptada, tuvo que deducirlo todo de su propia experiencia, desarrollando sus creencias sin el contrapeso de una doctrina objetiva que le impidiese caer en un excesivo egocentrismo. En el curso de sus últimos viajes Lawrence fué abandonando cada vez más sus preocupaciones sociales para concentrarse en un solo aspecto de la experiencia humana, haciendo resaltar así la parte más controvertible de su obra. Este aspecto era las relaciones entre hombres y mujeres en el amor. Aquí, según Lawrence, se hallaba la vida en su máxima intensidad; aquí se podía experimentar más que en ninguna otra parte la valiosa interdependencia de razón y emoción; aquí estaba la base de algo parecido a una visión religiosa de la creación.

Si *Kangaroo* es una expresión del espíritu que impulsó a Lawrence a los incesantes viajes de sus últimos años, otra novela escrita casi al mismo tiempo —*La Vara de Aarón (Aaron's Rod)* publicada en 1922— nos lleva aún más cerca del alma del conflicto personal que se refleja en toda su obra en diferentes grados. Las escenas de la primera parte de la novela, que concluye en el norte de Italia, transcurren en una de las ciudades mineras de Derbyshire, de las que el propio Lawrence procedía. La historia trata de las relaciones entre dos hombres que representan claramente, en cierto sentido, aspectos complementarios de la propia naturaleza del autor. Aarón Sisson, un obrero dotado de una notable facultad artística como flautista, al principio de la novela se nos presenta en el momento de romper relaciones con su mujer y su familia; se ve obligado a dar este paso a pesar del estrecho lazo que le une a su esposa a causa de una incompatibilidad entre su concepto del matrimonio y el que ella en su amor absorbente trata de imponerle. Habiendo roto con su familia en un acto de separación que él siente casi como una herida infligida a su propia integridad («El se encontró enfermo —se nos dice— en todas sus fibras... Odiaba la escena que había dejado y odiaba al corazón duro e inviolable que pegaba inmutable contra su propio pecho») Aarón se pone en contacto con el autor Lilly que resulta ser, por así decir, una proyección consciente y formulada de sus propios problemas, a los que da una definición

racional y, en lo posible, una resolución. Aarón y Lilly son en realidad no caracteres separados, sino más bien reflejos de dos aspectos diferentes de la personalidad del propio autor, aspectos que se hallan relacionados respectivamente con sus orígenes y con su carrera artística e intelectual y que podrían describirse —en términos de sus propias doctrinas— como las actitudes instintivas y racionales ante la vida. En otras palabras, Lilly define conscientemente lo que Aarón, menos consciente de sí, no hace más que sentir; y los dos expresan entre ellos el problema de la adaptación personal a la sociedad que hallamos en el fondo de todo lo que Lawrence escribió.

Seguir la interpretación dada por Lilly al problema presentado ante él por Aarón es ver, quizás más claramente que en ninguna otra de las novelas de Lawrence, la modalidad esencialmente religiosa de la mente de éste. Esta se halla implícita en la reacción del propio Aarón al problema planteado por su matrimonio. De la unicidad de las relaciones que lo unen, según él, a la esposa que ha abandonado, no nos queda duda. En el mismo momento en que se ha entregado en Florencia a la atracción de otra mujer, se nos dice que Aarón, en lugar de encontrar satisfacción en estas nuevas relaciones, se encuentra obligado a ponerles fin:

«El debía ver de nuevo a la marquesa. No debía obrar como un palurdo. Pero le diría que era un hombre casado, y que a pesar de haber abandonado a su mujer y a pesar de no aceptar el dogma de la fidelidad, los años de matrimonio le habían convertido en un hombre casado, y cualquier otra mujer que no fuere su esposa era para él una mujer extraña, una violación. «Se lo diré —se dijo a sí mismo— que en el fondo de mi corazón todavía amo a Lottie y que no puedo evitarlo. Creo que es verdad. Quizá no sea amor. Pero es matrimonio. Yo estoy casado con Lottie. Y eso quiere decir que no puedo estar casado con otra mujer.»

¿Por qué, entonces, si las relaciones que le atan a su mujer son únicas, sin substituto posible, Aarón se ve llevado a hacerse violencia y a terminar con ellas? Aarón, que obra siempre por impulso, no lo sabe; es Lilly que, relacionando su conducta con una causa que parece trascender la mera discordancia personal, llega a conectarla con su interpretación del punto muerto espiritual a que ha llegado el hombre civilizado en este momento

decisivo de su historia. Según Lilly, la tragedia que ha ensombrecido el amor en la sociedad de que forma parte ha sido causada por el error fatal de tomar una parte por el todo, de considerar lo que constituye tan sólo un aspecto, sin duda valioso, de la experiencia humana, como una realidad que todo lo absorbe. «El amor —afirma Lawrence, completando con su definición la doctrina de Lilly— es sólo un atributo del alma humana... y entregar toda el alma en un gesto de finalidad en el amor es un suicidio tan criminal como arrojar el campanario de una iglesia o de la cima de una montaña.» El amor, en otras palabras, impulsa al hombre a entregarse, a trascender su individualidad en la necesidad de dominar su imperfección; pero este don, que es parecido al de la dedicación religiosa, es el don de una persona que permanece tal y como es después del acto de entregarse y que debería sentirse con este acto no aniquilada en su personalidad sino aumentada, completada en su propio ser. «El amor —para citar de nuevo las observaciones de Lawrence acerca del estado espiritual de Aarón— es un proceso del alma humana incomprendible... El proceso debía de tender a completar la personalidad, pero no a algún error de intensificación o de estremecimiento en el cual el alma y el cuerpo al fin perecen.» En otras palabras, y en los términos ya definidos en *Kangaroo*, más allá del *yo*, y aún implícita en la experiencia del amor en que este *yo* se aniquila, está el «dios oscuro», cuya existencia ha de reconocerse necesariamente si nuestra experiencia temporal no quiere ser reducida a futilidad, y sin el cual nuestras intuiciones más intensas, en lugar de llevarnos a una vitalidad más completa, producen solamente un impulso irresistible de auto-destrucción.

Concebido así, en relación con un fin más grande que su propia satisfacción, el amor en *Aaron's Rod*, como en las mejores obras de Lawrence, se convierte en una fuente de vida, en una afirmación de la eterna juventud del espíritu en sus relaciones con el mundo exterior. Esta juventud se refleja más típicamente en una sensibilidad más profunda, una «viveza» —como el propio Lawrence lo llama— en su actitud hacia la realidad externa que él considera como la señal más importante de la salud emotiva que existe antes de que las complicaciones asociadas con un intelectualismo exagerado e introspectivo hayan destrozado el saludable equilibrio entre los elementos racionales e instintivos en la personalidad completa.

«Aarón miró a Lilly y vió en su cara la misma expresión extraña y lejana que la que tiene el rostro de algún animal cuando está despierto y alerta, en completa penetración con su ambiente. Era un estado muy distinto de la felicidad; un goce alerta del reposo, una sensación intensa y satisfactoria de centralidad. Como un perro que se calienta al sol con un ojo abierto y el otro guiñando; o como un conejo quieto, con los ojos abiertos y la nariz ligeramente aleteante. No pasividad, sino goce alerta de la sensación de sentirse central, centro de vida en el pequeño mundo circundante.»

El don pavoroso de Lawrence de identificarse con las manifestaciones instintivas de la naturaleza ha sido comentado como algo extraordinario por todos aquellos que le conocieron; la lectura de un pasaje como el que acabo de citar y el relacionarlo con la formulación en esta misma novela del problema personal que ocupa el lugar central en todo lo que escribió, es la mejor contestación para aquellos que encuentran en su obra nada más que la expresión de un anti-racionalismo fracasado.

Relacionar sus problemas, y aún las profundas discordancias que existían dentro de su propia naturaleza con una interpretación del mundo a su alrededor, haciendo así de una indagación personal la base para la exploración de una sociedad en crisis, era su propósito constante en todo cuanto escribió; y el hecho de que el mundo le pareciese, durante los años posteriores a 1918, moverse hacia fines considerados por él cada vez más hostiles, explica el sentimiento de tragedia que se hizo en grado creciente característico de todo lo que escribió.

En la obra de sus últimos años Lawrence no logró expresar plenamente su visión. Fracasó no porque aspirase a la inmoralidad, como se ha dicho frecuentemente, sino por la naturaleza misma de su tentativa. Sus últimas novelas, que representaban su esfuerzo por dar substancia a lo que él consideraba como una visión religiosa, fracasaron porque la naturaleza humana mortal no puede hacer nunca de su experiencia una finalidad en sí, ya que esta experiencia sólo tiene sentido cuando se la considera, no como un fin en sí misma, sino dirigida hacia una finalidad sobrehumana y extratemporal, en relación con la cual la personalidad y el tiempo adquieren un significado. El fundamento de todo pensamiento religioso consiste en que el hombre es imperfecto y dependiente. Esto lo comprendió Lawrence, pero apartado

como estaba de todo patrimonio religioso no pudo encontrar una finalidad que completase esta dependencia e imperfección. A pesar del fin trágico de su carrera no debemos negar el verdadero valor de lo mejor de su obra; justificados como estamos en señalar sus fracasos, hemos de admitir, sin embargo, que el esfuerzo que él realizó fué valeroso, y las conclusiones a que llegó no fueron perniciosas en ningún sentido.

Las novelas posteriores de Lawrence representan un intento por dar cuerpo a esta visión religiosa de la realidad. La última y más acerbamente atacada de todas ellas, *Lady Chatterley's Lover* (*El amante de Lady Chatterley*), 1929, se escribió en condiciones que es particularmente importante comprender antes de formular un juicio considerado. Cuando Lawrence produjo esta novela estaba ya muy adelantada la enfermedad que acabó con su vida tan sólo un año después; es indudable que el estado del autor se refleja en ciertos pasajes en detrimento de la cualidad artística del libro. La novela representa un esfuerzo de Lawrence, casi desesperado en su intensidad, por definir lo que él consideraba como una doctrina de salvación, antes de que la llegada de la muerte, unida a la hostilidad del mundo contemporáneo, le cortase toda posibilidad de expresión; en tales circunstancias no es sorprendente que la acusación de desequilibrio frecuentemente formulada contra él no esté en este caso completamente falta de fundamento. Sin embargo, a pesar de esto, la novela contiene, notablemente en algunos de los pasajes que describen los daños producidos por un industrialismo incontrolado a la manera tradicional de vivir inglesa, algunos de los mejores y más sentidos pasajes en toda su obra. A pesar de todas sus deficiencias accidentales, esta novela sigue siendo un esfuerzo por describir, a través de la más íntima de las experiencias humanas, esa vuelta a la emoción pura e íntegra que el autor buscaba a través de toda su obra con una intensidad y una devoción que sólo puede describirse como religiosa. Uso la palabra «religiosa» a propósito, y a pesar de todo el escándalo que la novela ha causado desde su primera aparición, porque el propio Lawrence —como aparece en su correspondencia y en un ensayo apasionado escrito en defensa de su libro— siempre lo consideró así; y aunque podamos argumentar que fracasó aquí como en otros de sus esfuerzos, no podemos negar, sin faltar a la verdad, la sinceridad de sus intenciones.